



China-Vaticano: ¿un diálogo de sordos?

Juan Pérez de Miguel*

LA historia de las relaciones entre la República Popular China y el Vaticano está entrelazada por hilos blancos y negros, por intentos de aproximación que parece van a cuajar en un acuerdo y por rupturas inesperadas: el hilo se rompe y hay que empezar a tejer casi desde el principio. Hace pocas semanas, el Cardenal Etchegaray viajaba a China continental. No era un viaje oficial pero tampoco el de un simple turista que desea acercarse a contemplar la gran muralla. Pocos días después, Juan Pablo II canonizaba a 119 mártires. Muchos de ellos habían sufrido el martirio en China. El gobierno chino encontraba en esa canonización otro motivo para la protesta.

En el campo político hay otro ejemplo parecido. Si comparamos la situación actual de Taiwan con la República Popular advertiremos que junto a amenazas, que sonarían casi a una pre-declaración de guerra, hay un comercio y unas relaciones crecientes. Ciertamente es que en el nivel oficial Taiwan pretende (?) tener con China una relación de «iguales», cuando China Continental no habla sino de una sola China, aunque promete a Taiwan un régimen

* Licenciado en Filosofía. Madrid.

de autonomía que es considerado por esta república como absolutamente insuficiente.

Para situar y tratar de comprender mejor esta historia de cercanías y rupturas de la Iglesia Católica con la República Popular, repasemos brevemente la historia de los últimos cincuenta años. El régimen de China ha celebrado en 1999 el 50 aniversario de su existencia.

El «tira y afloja» viene de muy lejos. En las últimas elecciones presidenciales de Formosa fue derrotado el candidato Lien Chan, perteneciente al Kuomintang (KMT), partido que había venido gobernando Formosa durante cincuenta años. Ahora bien, el KMT y el Partido Comunista de China popular nacen prácticamente de la misma fuente. Ambos manifiestan una gran estima por Sun Yat-Sen, que fundó el KMT y fue primer presidente de la república china, cuando sus partidarios destronaron en 1911 a la dinastía Manchu Qing. Sun acudió poco después a Lenin para pedirle consejo sobre la manera de gobernar aquel inmenso territorio. Lenin le recomendó que estableciera una férrea dictadura centralista de partido único respaldado por el ejército. De aquel KMT se desgajó una rama, la cual dio origen al actual Partido Comunista Chino del continente.

Después de la segunda guerra mundial, el general Chiang-Kai-shek fue uno de los altos dignatarios que se sentaron a la mesa de negociaciones junto a Estados Unidos, Rusia y los aliados. Pero en 1949 Mao Tse Tung y sus guerrillas se alzaron contra la corrupción existente en China y el KMT tuvo que retirarse a Formosa, llevándose allí no sólo la enseña nacional sino bastantes tesoros. Desde entonces, Taiwan ocupaba un puesto en el Consejo de Seguridad de la ONU. Al comienzo de los años 70 esta situación les pareció sumamente ficticia a la mayor parte de los miembros de las Naciones Unidas y decidieron que el puesto en el Consejo de Seguridad correspondía y debía ocuparlo a la República Popular China.

En Formosa, Chiang Kai Chek y su hijo y sucesor Chiang Ching-kuo gobernaron durante treinta años con mano autoritaria y fuertes controles. En esos años Taiwan experimentó un fuerte desarrollo económico. Esta mejora económico-social condujo a una inevitable suavización de los controles políticos. La independencia de Taiwan frente al continente quedaba consagrada por una nueva constitución política. Se fundó un partido político de oposición (el Partido Progresista Democrático). A la muerte (1988) del hijo del mariscal Chan-Kai-Chek, la liberalización política fue mucho más rápida. Y en 1996 se elegía, por primera vez en elecciones directas, al presidente Lee Tenghui.

La Iglesia subterránea

LA toma del poder por las guerrillas comunistas de Mao en China continental conlleva para el Iglesia Católica el comienzo de un largo via-crucis. A partir de entonces se suceden las medidas represivas y en particular contra todos los grupos religiosos. Se ataca de un modo especial a la Iglesia católica por su «vinculación» a una potencia exterior enemiga, el Vaticano. A comienzos de los años 50 comienza la expulsión de misioneros y religiosas. Buena parte de los que allí quedaron y también del clero nativo fueron encerrados en prisión.

Una mirada retrospectiva permite evocar los trazos principales de la persecución. No hace muchos años se celebraba en Estados Unidos el homenaje a algunas de las figuras chinas más representativas de la Iglesia en China. Entre ellos, el Cardenal Kung Pin-Mei. Este obispo, creado cardenal in pectore por Juan Pablo II en 1979, cuando aún estaba en la cárcel, permaneció preso durante 30 años (1955-1985). Ya en los primeros años del gobierno comunista en China, el entonces obispo Kung previno muy directamente a sus sacerdotes : *«no os hagáis ilusiones sobre nuestro futuro en China. Nuestro destino es la cárcel y la muerte. Debemos estar preparados. ¿Por qué tener miedo si es ésa la voluntad Dios?»*. Tuvieron que pasar cinco años desde que fue encerrado en la cárcel para que le llegara el juicio. Condenado por traición al pueblo, fue sentenciado a cadena perpetua. Se le ofreció a cambio la libertad si rompía toda vinculación con el Vaticano y reconocía la Asociación Patriótica de Católicos Chinos. Rechazó firmemente esta propuesta. Durante 30 años no se le permitió recibir cartas ni tener libros. Tampoco visitas y ni siquiera recibir los sacramentos. Las peticiones de los organismos internacionales de Derechos Humanos que acudían al gobierno de China solicitando la liberación del obispo Kung eran rechazadas sin contemplaciones. El propio cardenal Kung, después de su liberación, contaría en los Estados Unidos, donde ha fallecido no hace mucho, que cuando estaba en prisión, los vigilantes que pasaban por los pasillos al pasar por su celda tenían que volver la cabeza hacia otro lado para no se cruzaran las miradas. A los presos les estaba prohibido cualquier movimiento de los labios con el fin de que no pudieran recitar algunas oraciones.

Todavía hace muy pocos años diversas publicaciones de Estados Unidos se hacían eco de la persistencia de los ataques del gobierno chino contra los obispos y sacerdotes que se habían negado a reconocer e integrarse en la Iglesia patriótica. A unos 50 obispos y más de 400 sacerdotes se les hacía la vida cada vez más difícil. A pesar de todo, en 1989 los obispos de la Iglesia

'subterránea' decidieron constituir la Conferencia Nacional de Obispos católico-romanos, para deslindarse así claramente de la Conferencia de Obispos patrióticos sometida al control del gobierno. Lo que la conferencia de obispos de la Iglesia subterránea pretendía no era ningún tipo de oposición al gobierno sino únicamente la posibilidad de ejercer en la práctica esa libertad religiosa que la Constitución de la República Popular de China en teoría defiende.

Sin embargo, a los pocos meses, todos estos obispos fueron arrestados en diferentes lugares de China y mantenidos en prisión por periodos de duración variable. Se sabe con certeza, aunque no se puede fijar el número, que sacerdotes de esta iglesia «subterránea» han ido desapareciendo estos años a manos de la policía.

Y sin embargo, los contrastes siguen. Los esfuerzos represivos de los gobiernos chinos no han conseguido impedir ciertas manifestaciones públicas de la Iglesia subterránea. Al suroeste de Peking se encuentra el santuario de Nuestra Señora de Dong Lu. Allí se han celebrado misas no clandestinas pero sí no autorizadas que han reunido a decenas de miles de personas. El gobierno bloqueó las carreteras de acceso para impedir que los fieles se reunieran, pero los católicos acudieron a pie o en pequeños carritos, burlando así las prohibiciones y los obstáculos del gobierno.

Y no sólo eso. Algunos obispos de esta Iglesia subterránea han llegado a construir templos. El obispo Kung contaba el caso de un obispo que con enormes dificultades logró levantar una iglesia. El gobierno envió excavadoras que la redujeron a escombros. Nuevamente el obispo consiguió levantar de nuevo la iglesia. En cuanto aparecieron las máquinas, los católicos se tumbaron en el suelo alrededor formando un círculo humano y el obispo se enfrentó a los oficiales de policía: «Si queréis destruir la iglesia, tendréis que pasar con vuestras máquinas por encima de todas estas gentes». Este hecho evoca la figura de aquel estudiante que con una flor en la mano se plantó ante un tanque en la plaza de Tiananmen.

Hoy día la persecución continúa aunque con métodos menos violentos. Ya no se dictan aquellas sentencias de 30 años por el mero hecho de ser católico y no querer asociarse a la Iglesia patriótica. La persecución se ha hecho menos brutal pero no menos persistente. La táctica que actualmente se sigue es la de enviar a prisión por periodos más cortos de tiempo para volver a arrestar a las mismas personas con intervalos irregulares. Naturalmente el gobierno chino no admite la existencia de ningún tipo de persecución religiosa. Lo que se practica es la detención administrativa discrecional que no

se consigna por escrito y es mucho más difícil de probar ante instancias extranjeras.

La Iglesia «subterránea» continúa teniendo seminaristas que no pueden aparecer como tales. Deben ejercer sus oficios o profesiones y financiarse ellos mismos sus estudios para el sacerdocio, que han de hacer en tiempos libres. En cambio, los seminaristas de la Asociación Patriótica disponen de medios puestos a su disposición por el gobierno y se les ofrece la posibilidad de hacer cursos en universidades extranjeras, principalmente americanas.

La Iglesia patriótica

LAS relaciones diplomáticas entre China y el Vaticano se iniciaron en 1922 cuando el arzobispo Constantini fue acreditado ante China como Delegado Apostólico. En 1946 Pío XII estableció la jerarquía católica y nombró Internuncio a Mons. Antonio Riberi, quien después vendría destinado a España. Pero el triunfo en 1949 de las guerrillas de Mao trajo como consecuencia la ruptura de relaciones, y la expulsión del Internuncio Riberi, quien fijó su residencia en Formosa.

En 1957 se creó la CCPA (Asociación China de Católicos Patriotas) que, vista desde fuera, era simplemente un instrumento en manos del gobierno para dar la impresión de que en China existía libertad religiosa y, al mismo tiempo, para controlar gubernativamente a los católicos. Durante años la Santa Sede consideraba este grupo como una rama cismática desgajada de la Iglesia.

Pero tampoco aquí puede trazarse sin más una línea recta que divida con irreductible claridad a los católicos fieles a Roma de la Iglesia subterránea y estigmatice a los otros como católicos de la Iglesia patriótica vendidos al gobierno. Un testigo precisamente de esa Iglesia patriótica, al presentar la vida de la Iglesia en todos esos años y su propia vida, suscita una serie de preguntas que no tienen respuesta apodíctica. El jesuita obispo Mons. Jin Lu Xian pasó más de veinte años en prisión y en campos de trabajo. Recuerda cómo durante la revolución cultural se cerraron todas las iglesias y los sacerdotes fueron enviados a campos de concentración. A los católicos se les prohibía reunirse y si aparecían en público como cristianos eran sometidos a discriminaciones expeditivas como la pérdida de empleo. En 30 años, de 1955 a 1985 no hubo ninguna ordenación sacerdotal, el número de sacerdotes se redujo a 900 de los cuales la mitad habían rebasado ya los 70 años. En esa situación se encontraron atrapados ante la imposibilidad de ordenar

sacerdotes y renovar la jerarquía eclesiástica ya que no obtenían de Roma los nombramientos que esperaban. El régimen comunista aprovechó esta ocasión para crear la iglesia patriótica en la que se han ido reuniendo una parte de los católicos y los obispos elegidos por la Iglesia patriótica y en principio no reconocidos por Roma. Entre ellos, este jesuita Mons Jin Lu Xian, elegido obispo de Shanghai sin el consentimiento de Roma mientras que el titular de la sede también jesuita, el Cardenal Ignacio Kung Pin-Mei, se encontraba exiliado en los Estados Unidos.

La caída de la banda de los cuatro trajo un poco más de libertad. A partir de 1983 se han levantado más de 4.000 iglesias y ordenado más de 400 nuevos sacerdotes.

Lo que desde fuera resulta más difícil de explicar en esa situación tan resbaladiza es que tanto la Iglesia subterránea, que ha sufrido una persecución tan fuerte y sigue estando discriminada, como la Iglesia patriótica, que colabora con el gobierno y disfruta por ello de mayores facilidades, quieren estar unidas a Roma. Dos tercios de los obispos patrióticos nombrados por la Asociación y el gobierno han apelado secretamente a Roma y muchos de esos obispos, elegidos en un principio en contra de las leyes de la Iglesia católica, han sido reconocidos por el Vaticano.

Desde las dos orillas, el Vaticano y los obispos de la Iglesia patriótica (y en cierto modo también el gobierno), hay gestos de aproximación. En las ceremonias de consagración de obispos se ha vuelto a utilizar la fórmula, que estaba prohibida desde 1958, de prometer públicamente obediencia al sucesor de Pedro y en la oración de los fieles se hace una petición expresa por el Papa.

Más aún, en 1999 el gobierno chino lanzó una campaña de propaganda entre la población a favor del restablecimiento de relaciones entre la República popular y el Vaticano. En varias provincias las autoridades anunciaron que pronto se devolverían a la Iglesia sus antiguas propiedades.

La Iglesia patriótica es consciente de su misión evangelizadora en la nueva situación económica de China. El obispo antes citado, Mons. Jin Lu Xian, confesaba que La Iglesia en China se encuentra ante el reto de anunciar el Evangelio en un país en proceso de modernización y afectado por graves consecuencias como son, también en la República Popular, la corrupción, el dinero y el vacío espiritual entre la juventud. Se está pasando en realidad del marxismo a la sociedad de consumo, aunque se conserven símbolos marxistas y persistan no pocas contradicciones y limitaciones incomprensibles. La verdadera persecución, tal y como la viven estos obispos de la Iglesia patriótica, no son tanto las cárceles como la idolatría del dinero. Las activi-

dades de la parroquia quedan reducidas a unos pocos servicios religiosos y breves cursos de catecismo. Los temas de conversación giran muy preferentemente en torno al dinero, el trabajo, el mercado y la especulación. Este Obispo Jin Lu Xian se preguntaba cómo evangelizar en esa sociedad moderna actual en la que la dificultad principal no es el recorte de la libertad religiosa.

Se ve así que la Iglesia subterránea y la Iglesia patriótica, coincidiendo en los fines, difieren radicalmente en algunos medios muy importantes y cuentan con posibilidades desiguales. Es comprensible por ello que entre las dos ramas de la Iglesia, la subterránea y la patriótica, existan reservas y divisiones muy profundas. Y sin embargo, unos y otros, reconocen la necesidad de llegar a una verdadera reconciliación. Los héroes, dicen, abundan en los dos campos. Un obispo de Hongkong decía que los católicos de China continental en cierto sentido están separados de Roma ya que el gobierno no les permite establecer contactos, pero en sus corazones «son como nosotros». Aman al Papa y están a la espera del día en que puedan unirse con todo el resto de la Iglesia.

Los obispos de China continental buscan la reconciliación. Hay obispos patrióticos, como el de Wuhan, que tienen en su propia casa a otros obispos de la Iglesia subterránea. Y, como recordábamos más arriba, no pocos de los obispos nombrados por el gobierno han obtenido la reconciliación con Roma. Tampoco en la iglesia patriótica hay un clima de absoluta normalidad. El citado obispo Jin Luxian reconoce que a veces los obispos patrióticos tienen dificultades para tomar algunas decisiones y llevarlas a la práctica en sus diócesis. La propia Conferencia Episcopal China no siempre puede reunirse con facilidad. Y no ha desaparecido del todo un cierto tipo de persecución a la iglesia subterránea. Todavía en 1997 eran arrestados medio centenar de sacerdotes y algunos obispos de esta iglesia.

Relaciones China-Vaticano

LOS datos ofrecidos hasta aquí han permitido ver que el caso chino se resiste a ser encuadrado en esquemas normalizados. Hay siempre un plus de posibles conflictos que impiden hacer previsiones firmes a medio plazo.

Sin entrar en un detenido recorrido de los incidentes de los últimos años, evocaremos algunos casos significativos. En el viaje del Papa Juan Pablo II a Manila, con ocasión del encuentro mundial de los jóvenes (1995), pareció

que China, al enviar una delegación oficial, mostraba deseos de acercamiento. Esta delegación de 20 personas estaba compuesta por jóvenes católicos, religiosas, sacerdotes y los inevitables «miembros» del PC. La presencia en ese encuentro de Manila de la delegación de Taiwan, que llevaba la bandera oficial, estuvo a punto de producir la retirada de la delegación china. El Papa en su alocución recordaba que todos los católicos deben mantenerse en unión con el Obispo de Roma, sucesor de Pedro. Y exhortaba a todos los grupos de la iglesia china a que se esforzaran por llegar a un verdadero respeto, comprensión, paciencia y disponibilidad a la reconciliación. El embajador chino en Filipinas repetía, casi mecánicamente, la condición previa para un posible restablecimiento de relaciones diplomáticas con el Vaticano. Roma tendría que cerrar su representación diplomática en Formosa y además comprometerse a no intervenir en los asuntos internos de China. Con esto se estaba aludiendo al nombramiento de obispos. Y sin embargo, por debajo de estas afirmaciones, observadores cualificados creyeron percibir un deseo mutuo de acercamiento.

Las relaciones Vaticano-Formosa también han pasado por oscilaciones fuertes y en este momento están en un nivel muy bajo. Si bien Pablo VI en 1966 elevó al rango de Nunciatura la representación diplomática en Formosa, de hecho ya desde 1973 la nunciatura no ha sido cubierta por un titular sino regentada por un simple Encargado de Negocios, que es el grado más bajo de una representación. Y en agosto de 1999, el entonces Encargado de Negocios, Mons Joseph Chennoth, fue destinado a la Republica del Tchad. En el campo diplomático Taiwan no lo tiene fácil. Todos los estados europeos han retirado de allí sus embajadas. En Europa, Formosa mantiene representación diplomática únicamente ante el Vaticano y desde hace poco tiempo en Macedonia.

Junto a las relaciones, otro punto importante de fricción es el del nombramiento de Obispos. En la fiesta de Epifanía de este año, como viene siendo ya costumbre, el Papa consagraba obispos a algunos sacerdotes de diversos continentes. En esa misma fecha y de un modo que tuvo no poco de improvisado, recibían en China la consagración episcopal cinco sacerdotes de la Iglesia patriótica. En medio del camino del deseado establecimiento de relaciones diplomáticas, este hecho ponía otro obstáculo. Aun en la propia Iglesia patriótica esta consagración se consiguió con bastantes dificultades. Estaba prevista la consagración de 12 obispos, pero siete de ellos se negaron a recibirla. Incluso los que aceptaron ser consagrados confesaron en círculos reducidos que estaban recibiendo fuertes presiones para que aceptaran la consagración. En la ceremonia y para dar mayor esplendor, se contaba con

la asistencia de un centenar de seminaristas. Llegado el momento los seminaristas se negaron a asistir. En la consagración episcopal, los obispos prometieron obediencia al Papa sucesor de Pedro. Y al final un obispo recién consagrado, Mons Zhan Silu de la diócesis de Min Dong (Fujian), en representación de los otros nuevos obispos, con los ojos llenos de lágrimas, confesaba : «*Queremos vivir para nuestro rebaño y también morir por él*». La asamblea acogió estas palabras con un profundo y prolongado silencio.

Un acercamiento de posiciones Vaticano-China no es en este punto del todo imposible. De hecho ya en algún caso algún obispo de la Iglesia patriótica ha sido consagrado con aprobación del Vaticano. En mayo de 1999 el sacerdote Damas Zhang Amin, elegido por la Iglesia patriótica, era consagrado obispo. Lo significativo es que al comienzo de la celebración se daba lectura a una Bula papal con la aprobación del nombramiento. Este hecho, hasta entonces nuevo ¿está indicando un cambio para el futuro? A la vez un obispo «subterráneo», Mons. Nikolaus Shi Jingxian, era reconocido oficialmente por el gobierno como obispo de Shangqiu. El obispo justificaba su aceptación de este reconocimiento como medio para facilitar el contacto con las autoridades para el tratamiento de las cuestiones religiosas. También aquí se puede apreciar que las relaciones entre las dos ramas de la Iglesia, la subterránea y la patriótica, pudieran estar suavizando explicables confrontaciones anteriores.

No hace muchas semanas el cardenal Etchegaray visitaba, y no por vez primera, China. La visita, aun no siendo oficial, daba lugar (¿tenía esa finalidad?) a contactos de un alto nivel con las autoridades chinas. Este clima se ha enfriado otra vez y de repente por la canonización, a primeros de octubre de este año, de los mártires de la evangelización en China. A la vista de todas esas incidencias de suaves progresos e imprevistos parones, se puede conjeturar que la Santa Sede podría resolver la cuestión de la representación diplomática en Formosa y buscar un acuerdo sobre el nombramiento de obispos que no tendría por qué resultar inaceptable al gobierno de China. Pero es claro que el gobierno de China deberá avanzar en este punto hasta una mentalidad propia del s. XX. Remontarse 300 años río arriba del curso de la historia hasta el Emperador Kangxi y denunciar «intromisiones» de la Iglesia(!) en el nombramiento de obispos no parece un motivo presentable. De un total de 192 miembros de las Naciones Unidas, 171 han solucionado esta cuestión pacíficamente. Y 85 estados, incluyendo Taiwan, Cuba y Estados Unidos, no han requerido un acuerdo especial en esta materia.

Muy posiblemente seguirá habiendo bastante «inestabilidad atmosférica» en las relaciones China-Vaticano. Roma ha mostrado estar mucho más

dispuesta a la normalización. Pero hay unos mínimos a los que no puede renunciar. Si China no da algún paso, el sobresalto sincopado y no la estabilidad será lo habitual en esas relaciones. Recuérdese con todo, a pesar de las distancias y los recelos inevitables en una situación con tantas heridas, que desde tiempos de Juan XXIII ya no se habla de «dos iglesias» en China ni se califica de «cismática» a la Iglesia patriótica sino de dos formas dentro de una única Iglesia. Lo que es de desear es que entre el Vaticano y la República Popular termine pronto este «diálogo de sordos».